

Claus Arnold y Giovanni Vian (eds.), *The reception and application of the Encyclical 'Pascendi'*, Venezia, Edizioni Ca'Foscari, 2017, 324 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.38.2018.583-587>

Esta obra colectiva, publicada por el servicio editorial de la Universidad veneciana Ca' Foscari y que recoge contribuciones en inglés, francés e italiano, es el resultado de un proyecto de investigación internacional, que involucra a varias universidades alemanas e italianas y que ha contado con una ayuda del Deutsche Forschungsgemeinschaft. También con facilidades brindadas por los Archivos vaticanos en los que se guarda la documentación que ha servido de base a la investigación de la que procede el libro que estamos reseñando. Los coordinadores han sido los profesores Claus Arnold, de la universidad Johannes Gutenberg, de Mainz y Giovanni Vian, de la ya citada Ca' Foscari.

El objeto de estas pesquisas ha sido la explotación sistemática y la verificación de sus posibilidades para la historia de la iglesia católica de una fuente no debidamente valorada en el pasado y que consiste en los informes enviados a la Santa sede por los obispos y superiores de órdenes religiosas cumpliendo lo preceptuado para todo el universo católico en la encíclica de Pío X, *Pascendi dominici gregis*, de 1907. El límite cronológico del estudio se ha fijado en 1914.

La encíclica iba dirigida específicamente contra el *Modernismo* considerado por el pontífice como una nueva herejía que buscaba disolver a la iglesia desde su interior y que sería la obra de teólogos y eclesiásticos que estaban erosionando la fe con su criticismo relativista del dogma y de la Biblia que podía llevar a que se impusiera el agnosticismo dentro de la iglesia (aparte de otras demandas referentes a una democratización del gobierno eclesiástico, la reivindicación de un mayor papel para los laicos...). En cualquier forma el pontífice, dentro de la línea muy conservadora que había adoptado y de restauración cristiana de la sociedad, se propuso, no solo fulminar el modernismo, sino también poner a punto un dispositivo represivo contra todos los clérigos sospechosos de participar de estas ideas, y ello en el ámbito de cada diócesis y, de forma complementaria, en el de las órdenes religiosas. Se ordenaba así a los obispos el establecimiento de consejos de vigilancia en cada diócesis y el envío al

Vaticano de un informe anual (distinto de la visita *ad limina*) y de otro trianual en donde dieran cuenta de las medidas adoptadas, de las ideas que circulaban entre los seminaristas, clérigos y otros institutos católicos, entre otros aspectos.

Dichos informes comenzaron a llegar a partir de 1908 y si bien ya habían sido estudiadas las tácticas adoptadas en algunas diócesis para combatir el modernismo, faltaba sin embargo un tratamiento sistemático y de conjunto para todo el orbe católico, así como de las interpretaciones y disposiciones adoptadas por los obispos y superiores de las órdenes religiosas. Pues bien, aquí se reagrupan y evalúan todos estos documentos lo que permite obtener una panorámica internacional sobre los efectos generales de la política antimodernista hasta 1914 y, quizás, algo más importante: el conocer mucho más en detalle la situación de la iglesia católica a comienzos del siglo XX (además de ilustrarnos sobre el manejo de estos documentos por las altas instancias de la curia romana, sus rivalidades internas, sus diferencias teológicas etc.). Gracias a este esfuerzo, en fin, la rica historiografía sobre el modernismo y sobre sus figuras más conocidas, como Alfred Loisy, Romolo Murri, Alfred Tyrrell, entre otros, podrá completarse con una percepción en los niveles locales, diocesanos, de hasta qué punto las tesis modernistas habían penetrado, de la agilidad o, por el contrario, lentitud (reticencia, incluso) de los ordinarios en cuanto a cumplir las directivas pontificias, o de las problemáticas y preocupaciones específicas discernibles en las distintas iglesias nacionales. Todo lo cual posibilita el efectuar una comparación internacional acerca de la recepción del modernismo, y sobre otras cuestiones relativas a la vida religiosa de las diócesis.

Para llevar a cabo estos propósitos, el libro lleva a cabo un exhaustivo repaso a las distintas áreas nacionales o geográficas en donde estaba implantado, con mayor o menor fuerza, el catolicismo, comenzando por los grandes países europeos de tradición católica, como Francia a la que aquí se dedica, lógicamente, una atención prioritaria gracias al trabajo de Louis-Pierre Sardella. En su contribución pone de relieve un hecho que se repite en otras áreas y es la relativa escasez de informes enviados a Roma por el episcopado francés a pesar de la prontitud con la que, tras publicarse la encíclica, expresó su adhesión al papa (el obispo de Beauvais fue el primero, anticipándose al resto del universo católico). Y es que, a juicio del autor, los obispos franceses no parece que pusieran al modernismo en el centro de sus preocupaciones e, incluso, por lo que respecta a los clérigos o seminaristas sospechosos, prefirieron la amonestación a la sanción. Más inquietante para

ellos era la percepción de una autonomía, indiferencia, incluso, creciente de los católicos franceses respecto de las orientaciones del magisterio.

Por lo que respecta a Alemania, Claus Arnold detecta una aparente indolencia y hasta resistencia de los obispos a llevar a la práctica lo que la *Pascendi* prescribía (a pesar de que llegaron informes a Roma de 17 de las 25 diócesis) así como un esfuerzo casi obsesivo por parte de una mayoría de ellos por presentar a sus diócesis libres de la “peste modernista”. Ello cabe achacarlo a que la encíclica, en el área germánica fue entendida en el sentido sobre todo de continuidad de la batalla ultramontana contra el liberalismo y el socialismo.

Otros capítulos de la obra se refieren al antiguo Imperio austro-húngaro, si bien diferenciando entre Austria y los otros territorios de habla no alemana (estudiados respectivamente por Michaela Sohn-Kronthaler y Otto Weiss). En el primer caso, pocas diócesis enviaron informes destacando en el de Linz, las medidas tomadas contra Josef Scheicher, acusado de modernista y, por lo que hace a las otras áreas, los remitidos a Roma revelan poco sobre un supuesto contagio modernista (si bien estaría la excepción del obispo húngaro Ottokár Prohászka) y mucho más, en cambio, sobre las aspiraciones nacionalistas de varios de los pueblos del Imperio.

El caso italiano reviste, lógicamente un gran interés, habiendo sido estudiado por Raffaella Perin quien llama la atención sobre el escaso número de ordinarios que enviaron relaciones al Vaticano, máxime si tenemos en cuenta el elevado número de diócesis existente en la península (47 diócesis cumplieron lo mandado, de un total de 274). No obstante casos como el de Murri o el de su *Lega democrática nazionale*, o las sospechas sobre algunos prelados, los informes hacían hincapié en la escasa difusión del modernismo en sus diócesis lo que alguno achacaba a su excesiva sofisticación (también a la ignorancia del propio clero, como señalan otros). Quizás por ello, pero también como un reproche implícito a las crecientes exigencias de la Santa sede, las relaciones halladas son escasas. Pero en las que se conservan –y en las minutas de respuesta-, lo que se repite y se subraya es la necesidad de vigilar lo cual da fe de que, cuando menos en este aspecto Pío X había logrado el resultado esperado.

Alfonso Botti se ocupa de España: pocas relaciones llegaron a Roma de las diócesis ibéricas, y de las encontradas aflora la constatación, por parte de los ordinarios de la ausencia de un verdadero movimiento modernista en España (se señalan solo algunos fermentos en diócesis como la de Pamplona) delineándose con fuerza más bien la situación contraria, la de un potente antimodernismo que acentuaba la inflexión conservadora y

tradicionalista del episcopado español que estaba en guardia ante la difusión de las ideas liberales.

Descontando otras áreas geográficas también investigadas y presentes en este libro (otros países europeos como Bélgica, Países Bajos, Suiza, Rusia; Indias orientales, Indochina, Oceanía, a cargo dichos estudios de Giovanni Vian) así como el ámbito específico relativo a las órdenes religiosas (a cargo de Alejandro M. Diéguez, el cual firma también otra contribución referente el procedimiento seguido por los órganos competentes del gobierno vaticano en vistas a tratar las noticias recibidas desde las distintas diócesis del globo), puede ser interesante fijar la atención sobre los trabajos dedicados al continente americano, que son obra de Charles Talar (Norteamérica), y de Maurizio Russo (América Latina). En el primero, su autor revisa la visión dominante hasta ahora sobre la presencia del modernismo en los Estados Unidos que habría estado reducida aparentemente a unos pocos individuos y casos aislados y en un nivel, pues, mucho más bajo, de lo que ocurría en el viejo continente. Y en Canadá habría sucedido algo similar.

La realidad, no obstante, sería más compleja y ambigua por lo que Talar propone –de acuerdo con los juicios vertidos en algunas publicaciones católicas antes de la *Pascendi*- diferenciar entre la doctrina modernista, efectivamente muy minoritaria y el “espíritu modernista” que se solapaba con el americanismo, que se habría filtrado en las mentes de la población, sobre todo en los Estados Unidos estando, por ello, mucho más extendido. Desde esta perspectiva, la conexión entre, por ejemplo, las ideas americanas respecto de la libertad política y la crítica bíblica era algo que afloraba en algunas de las respuestas a la encíclica y que tuvieron muy presente los responsables vaticanos.

El otro ámbito americano, el ubicado entre Méjico y Argentina, da la impresión, por las respuestas de Roma que era considerado como periférico a la plaga modernista. Y de hecho, mientras algunos obispos admiten su incapacidad para atender los requerimientos de la *Pascendi*, atendido que, como reconocía monseñor Farfán, obispo de Huaraz, en la cordillera andina, sus fieles eran indios en su mayoría y el modernismo era del todo desconocido, otros, como Boneo, obispo de Santa Fe, en la Argentina, estaban más preocupados por el liberalismo en tanto que podría abrir la puerta al modernismo. Pese a ese carácter periférico, en el trabajo se señalan casos interesantes, como el del sacerdote Enrique Uribe, en la diócesis de Medellín o el de la difusión de algunos periódicos hostiles al catolicismo

editados por el italiano Alceste De Ambris y y difundidos en Sao Paulo entre la población de lengua italiana.

El libro se cierra con la interesante recapitulación que lleva a cabo Giovanni Vian en donde, a la vista de la investigación de conjunto realizada ofrece explicaciones y plantea hipótesis en torno a la aparentemente decepcionante respuesta que, en conjunto dieron los obispos –y superiores de órdenes religiosas- a los requerimientos del papa. Una respuesta reducida que delataría en realidad o perplejidad o críticas veladas ante los dictados de Roma o, quizás, que para muchos diocesanos, el modernismo no generaba la misma preocupación que para el Vaticano. Todo ello sería de especial aplicación para el episcopado europeo, ya que para el radicado en América, en el área asiática, etc., la herejía modernista era enfocada como algo ajeno a la problemática que el catolicismo afrontaba en aquellos países poniendo de manifiesto que dicha confesión religiosa comenzaba a avizorar perspectivas más amplias, planetarias.

Rafael SERRANO GARCÍA

Instituto Universitario de Historia Simancas (Univ. de Valladolid)

rafael.serrano@uva.es